

# La peseta

*A Jesús Urrea*

Cuando el hombre apareció por la puerta, antes de salvar los dos escalones que había entre el umbral y el suelo del café El Nuevo Siglo, Paco Fuentes Menudo tuvo una sensación extraña, como quien barrunta una amenaza en el aire. No le había visto nunca, pero sintió de inmediato cómo le subía una corriente interior que le ponía en guardia y le llamaba a la prudencia. Conocía bien esa tendencia innata, más cercana al agudo instinto de conservación que a la inteligencia intuitiva. Siempre le había salvado. La cautela, la moderación ensayada y el no haber dicho jamás lo que pensaba le habían permitido cumplir 55 años hacía tan sólo dos semanas: «Un milagro de la Virgen del Henar, después de dos años de espanto», había dicho su mujer en la comida del cumpleaños, mientras succionaba la moca y apartaba con los dedos la humedad de sus labios. «Si regresa sano y salvo nuestro hijo..., te prometo Virgen querida...», había repetido varias veces ahogándose en una congestión de llanto.

El hombre se dirigió lentamente hacia la barra haciendo resbalar los dedos de su mano izquierda por la madera del billar, situado frente al rincón donde aquella acababa. Algo más de media estatura, tieso, corpulento; enfundado en una gabardina grisácea, cruzada y encintada. La cabeza erguida,

el bigote recto, poblado de gruesas hebras entrecanas. La boca entreabierta, los labios insinuados con un gesto adusto y tenso en los músculos de la cara. La mirada fija, desafiante y despectiva. Recolocó una de las banquetas de la barra y se sentó en ella acodándose con el brazo derecho, mientras con la mano izquierda se desajustaba la bufanda.

Era una mañana de noviembre, cerrada niebla y humedad helada que cuajaba en cristalitas blancas en el pelo, como atractivos destellos en la luz primera, tenue y mortecina. Los tres globos que pendían sobre la barra de El Nuevo Siglo proyectaban una claridad intensa y pajiza que resbalaba sobre el mármol blanco y reverberaba con impecables destellos en el largo tubo de zinc que servía de apoyabrazos. Entre el gran botellero modernista, la máquina de selz y la cafetera cilíndrica, plateada, muy por encima no obstante de todo ello, colgaba un gran retrato del general Franco. Aunque era cerca del mediodía, aquella mañana El Nuevo Siglo no estaba muy concurrido y la parroquia se repartía por las mesas de mármol más cercanas a los grandes radiadores de hierro de la calefacción.

El hombre esperó a que se acercara Paco Fuentes Menudo desde el otro extremo de la barra, y apenas le dio tiempo a llegar cuando le dijo imperativo:

—Ponme un chato clarete.

Paco Fuentes Menudo se dio la vuelta hasta la pila central sin decir nada, tomó un vaso, lo sumió en el borbotón de agua, agarró por el gollete la frasca del clarete de Cigales y volvió a servir al hombre. Empujó ligeramente el vaso hacia donde éste se hallaba y lo llenó casi hasta el borde. El hombre lo tomó sin dejar de mirar al camarero y se lo llevó lentamente hasta los labios. Bebió la mitad del vaso y volvió a posarlo con un golpecito seco. Se daba la vuelta Paco Fuentes Menudo cuando el hombre le dijo:

—¡Eh..., cóbrate! —y dejó sobre la barra un billete de una peseta lacio y cochambroso.

Paco Fuentes Menudo echó un vistazo a aquella peseta y supo al punto que sería difícil endosársela a nadie. Estaba

pegada en su mitad por un esparadrapo grasiento, entre par-do y negruzco. Le faltaban dos de sus vértices, y en el escudo aquilino del nuevo Régimen, que figuraba en el haz del billete, se extendía una gran mancha de tinta que apenas de-jaba ver en su pie las armas de los Reyes Católicos, yugo y flechas enlazados por el nudo gordiano. En el envés no era posible discernir más que algunos tonos del azul oscuro de su diseño y sus grandes círculos concéntricos había que adi-vinarlos, solapados como estaban por una pátina de mugre blanda y pegajosa.

Al pronunciar la primera palabra, Paco Fuentes Menudo supo que se estaba equivocando:

–Hombre..., ¿no tendría usted otra en mejores condicio-nes? Una moneda...

–¿Qué...? ¿No te gustan las de Burgos? –le interrumpió con una sonrisa cínica el individuo.

–No, hombre, no..., no es eso, no es eso, claro... –se apre-suró a responder el camarero–. Pero hombre, cómo puede usted pensar eso. Ya ve cómo está, señor...

El hombre asintió varias veces con la cabeza, insinuando ostensiblemente el belfo y, sin dejar de mirarlo, recogió la peseta, la guardó en el bolsillo interior de la gabardina y re-buscó hasta encontrar una moneda de diez céntimos que lanzó sobre el mármol de la barra y fue rodando hasta el ca-marero tras un par de rebotes. Entonces se apeó con parsimonia de la banqueta y siguió mirándole mientras se daba la vuelta para enfilear la salida.

Cabizbajo, Paco Fuentes Menudo observó a golpes de vista interrumpidos cómo aquel individuo franqueaba su lo-cal pisando las baldosas blancas y verdeoscuras que mandó traer su abuelo por un capricho de Puente del Arzobispo, allá en tiempos de La Gloriosa, cuando por el norte se in-tensificó el comercio con el Canal de Castilla e hizo de El Nuevo Siglo el café más elegante y moderno de la ciudad, el primero por sus esbeltas columnas de hierro fundidas en Santander y transportadas en carros hasta Alar del Rey y luego a la sirga por el Canal hasta el mismo centro de la Me-

seta. Y en un instante pensó que nada era seguro de un tiempo a esta parte, y que la astucia y el disimulo no eran suficientes para sobrevivir ni tampoco la cobardía. Un remusguillo de temor le invadió todo y el miedo llevó a su interior una sensación inerme de desasosiego, un reproche obsesivo hacia sí mismo que atizaba una repentina desazón: «¡Joder, Paco!», se repetía para sí, «un vino, un puto vino... Le invitas al vino ¡hostia! y no tocas la puta peseta. ¡Paco, joder!, un vino...».

A la hora del café, Paco Fuentes Menudo se había tranquilizado y aunque no del todo, casi había olvidado el incidente, pero aquel día no regresó a casa como habitualmente solía hacer en torno a las once y media de la noche, después de cerrar El Nuevo Siglo. Apenas había doblado la esquina más cercana a su establecimiento, cuando se le abalanzaron dos hombres, lo inmovilizaron por los brazos y lo metieron con violencia en la parte trasera de un coche negro que arrancó con estrépito. Al pánico primero le siguió la desolación de verse esposado camino del Gobierno Civil, a cuya puerta le esperaban dos guardias que, de inmediato, lo cogieron por los brazos y lo condujeron a uno de los calabozos del sótano, un pequeño reducto con un ventanuco enrejado cerca del techo a modo de ventiladero. Un jergón y una manta a cuadros era todo su mobiliario en un ambiente frío, donde la respiración se condensaba en vaho.

Seguramente agarrotado por el pavor de la detención, Paco Fuentes Menudo fue incapaz de articular una sola palabra hasta el momento en que lo empujaron hacia el interior del garito y cerraron bruscamente la puerta. Entonces, como si se hubiese recuperado del shock, se abalanzó hacia la puerta gritando: «¡Se equivocan, se equivocan! Esto es un error, un gravísimo error. Tengo un hijo en el frente con los nacionales. Se fue voluntario con los nacionales..., y mi cuñado es teniente de caballería... ¡Por Dios, por lo que más quieran, escúchenme! ¡Por lo que más quieran, escúchenme...!».

Pero nadie escuchó a Paco Fuentes Menudo. A lo largo de los siete días que permaneció incomunicado en aquel cu-

bículo, buscó con obsesiva ansiedad alguna clave que explicara aquella postración, aquel no saber impregnado de terror. Estuvo devanándose como un poseso hasta el último rincón de su cerebro, buscando el detalle que le pusiera en la pista, como un alano husmea en el efluvio de la pieza que retiene la brizna hollada. Odiaba en secreto a los falangistas, y en algún rincón oscuro de su conciencia abominaba a su hijo, pero no sentía ninguna simpatía por los republicanos. Nadie había oído de su boca jamás una sola palabra de reproche hacia el ímpetu de aquellas bestezuelas ardorosas, ni mucho menos había expresado en ningún momento simpatía por la República. Su temple moderado, introvertido y esquivo, ofrecía al exterior un solo flanco atacable: su indiferencia religiosa, contraste notable y llamativo con el fervor beato de su mujer. Pero ni siquiera en este campo había tenido roces de alcance o situaciones comprometidas. Sabía de la enemiga tácita que escondía la sonrisa empalagosa de don Heriberto, el canónigo confesor de su mujer, pero la constante presencia y la relevancia de ésta en la liturgia y actividades de la catedral le habían convencido de estar a salvo por ese lado. Ahora todo era difuso y sospechoso y el miedo acrecentaba la desmesura de sus suposiciones, como desquiciantes monstruos alados e informes de un mal sueño: «¿Me habrá denunciado don Heriberto?», pensaba. «¿Por qué ahora, cuando podía haberme denunciado al comienzo de la sublevación militar en julio de 1936, o en los meses siguientes, cuando tantos fueron fusilados por la mera excusa de no ir a misa?» No hacía quince días que se había cruzado con el canónigo, «siempre tan zalamero, alma cenagosa», pensaba Paco Fuentes Menudo. Iba del brazo de su mujer, cuando al doblar la esquina de la plaza Mayor con la calle Santiago se dieron de cara con el clérigo. Teresa se desligó en seguida y le besó la mano solícita. Ellos se saludaron con un golpe de cabeza, mucho más suave y ceremonioso en el canónigo, que le dijo al cabo:

—¡Ay, ay, ay, ay!, don Paco. Más que nunca en estos tiempos debería usted volver al redil. Tiene que poner un poqui-

to de su parte. El resto lo harán las oraciones de su señora y las mías.

«Volver al redil...», se repetía una y otra vez con un ritmo de autómeta en la tensión extrema de las horas interminables: «¿Me habrán traído aquí para que, escarmentado, vuelva al redil o, simplemente, me fusilarán cualquier madrugada en el Alto de San Isidro?», se preguntaba temblando. Y se imaginaba su turno de conducción a las tapias cuarteras y el trance, mientras la chusma, entreverada de señoritos, se desayunaba con aguardiente y pastas en los varios chiringuitos desde donde se contemplaba a menos de cien metros el espectáculo de las ejecuciones. «¿Quién y por qué me ha denunciado?», se preguntaba por enésima vez como un zombi que hubiera emergido del abismo de la angustia. «¿Dónde he fallado?»

En la mañana del séptimo día, a una hora más temprana que en las jornadas anteriores, demacrado y exhausto, Paco Fuentes Menudo escuchó con un escalofrío de terror cómo abrían el cerrojo del calabozo. El guardia civil que abrió la puerta le dijo:

–¡Vamos, vamos..., salga!

–¿Adónde, adónde me llevan? –preguntó gimoteando con un tono patético.

–¡Vamos...! ¡Venga, venga! –insistió el guardia civil cogiéndole por el brazo y ayudándole a subir las escaleras hasta el pasillo de la planta baja.

Aturdido y confuso, Paco Fuentes Menudo sintió de súbito el abrazo de su mujer, que se lo comía a besos diciéndole: «¡Paco, Paco! ¡Virgen del amor hermoso! ¡Paco! ¡Pero... si estás delgadísimo! ¡Y esa barba...! ¡Dios mío, vamos a casa y te afeitas! ¡Paco, Paco! ¡Por Dios...!».

Pero no supo responderle a la pregunta enfermiza y reiterada que le hacía su marido como un autómeta:

–Teresa, ¿qué ha pasado?

–Déjalo, Paco, ya hablaremos –dijo su mujer sollozando.

–Teresa, ¿qué ha pasado?

–No lo sabemos, Paco –acertó a decir su mujer muy nerviosa–. Mi hermano Pepe ha removido Roma con Santiago

entre sus amigos de caballería para sacarte de aquí, pero no lo sabemos, Paco. ¡Por Dios, no lo sabemos...! ¿Has hecho algo que no me hayas dicho...?, ¡Paco, por Dios...!

Y Paco se ensimismaba y callaba enajenado.

–¡Paco, por Dios..., dime algo! –insistía su mujer.

Cuando, a los dos días de su liberación, Paco Fuentes Menudo regresó a las nueve de la mañana para abrir El Nuevo Siglo, se encontró a la puerta con cinco de sus mejores parroquianos que le esperaban expectantes. Le abrazaron uno a uno en silencio algo conturbados, hasta que Juan, el Tendero, apretándole del brazo, dijo:

–¡Hala, hala, Paco! No hay nada como contarlo. ¡Vamos, vamos, que no ha sido nada!

Paco Fuentes Menudo se sintió conmovido por aquellos abrazos y una rara felicidad apareció por primera vez en el curso de su vida, un extraño bienestar que nada tenía que ver con las viejas aspiraciones, con la obsesión del negocio ni la carrera de su hijo; mucho menos con la preocupación del dinero, que ahora le parecía insignificante e inútil para evitar la humillación y torcer el destino de los hombres. Percibía, íntegra, una sensación limpia, reconfortante, que le mostraba una humanidad nunca sentida, como una fuerza incontenible, una corriente inexplicable, clara, que se abría en sí mismo, apartando todos los complejos y su inveterado disimulo.

Toda la mañana fue un trasiego de clientes que con tono bajo y comedido se interesaron por su detención y suelta. Un recorrido de caras más o menos detestables que ahora recobraban sentido y un respeto hasta entonces inimaginado. Y en cada una de las personas que hasta él se acercó vio un motivo de agradecimiento que le aquietaba, como si la gratitud que sentía no sólo no le rebajara, sino que le engrandeciera. Y eso fue exactamente lo que sintió cuando vio cómo encaraba la barra Antonio, el Barrendero, simple y entusiasta, republicano bonachón de quien se había dicho en agosto del 36 que Mazote, el preboste de Falange, lo había apartado del pelotón de fusilamiento en el último instante diciendo mientras le cogía por el cuello: «Éste no, que tiene que barrer en mi calle».

Antonio el Barrendero se fue acercando lentamente, se quitó la gorra en el pequeño tránsito y, arrebujándola nervioso entre sus manos, se paró frente a Paco, le tendió la mano derecha y después de unos segundos en silencio dijo: «Paco, me alegro mucho de volver a verte vivo».

–Gracias, Antonio –le contestó Paco con los ojos humedecidos y una sonrisa emocionada.

Y apenas hubo pronunciado esas palabras cuando vio que por la puerta aparecía aquel mismo individuo con el que hacía exactamente nueve días había tenido el desagradable incidente de la peseta. El hombre se dirigió hacia el billar dejando resbalar con parsimonia su mano izquierda por la madera, luego hizo un quiebro hacia el punto más alejado de la barra de donde se hallaba Paco Fuentes Menudo. Se acomodó en una de las banquetas, dio un par de castañetas con los dedos de la mano derecha mirándolo fijamente y antes de que llegara a su altura, dijo con voz aplomada y altiva:

–Ponme un clarete.

Paco Fuentes Menudo se dio la vuelta sintiendo un derrame impetuoso de bilis, una ira desenfrenada que atajó al punto en su mente diciéndose para sí: «Tranquilo, Paco, tranquilo... Ni una mueca en tu cara que pueda apreciar este hijo de la gran puta». Cogió un vaso corto, lo lavó en el borbotón de la pila, tomó la frasca del clarete de Cigales y volvió hacia el hombre. Con suavidad le acercó el vaso, lo llenó casi hasta el borde y le miró unos instantes a los ojos. Pero cuando declinaba su mirada y hacía el gesto de volverse, oyó que le decía sin perderle de vista:

–¡Eh, eh...! Cóbrate –y lanzó sobre el mármol la misma peseta lacia y cochambrosa con que quiso pagarle la primera vez.

Paco Fuentes Menudo tomó la peseta, volvió hacia la caja registradora de madera y al depositarla en el cajetín de los billetes no pudo evitar leer entre la mugre de aquel papel: «El Banco de España pagará al portador una peseta. Burgos, 30 de abril de 1938. II año triunfal».